

Círculo Rojo

Podremos ser como dioses

Podremos ser como dioses

José Manuel Rodríguez Hurtado

Círculo Rojo
EDITORIAL

Primera edición: marzo 2026
Segunda edición: julio 2026

Depósito legal: SE 902-2026

ISBN: 979-13-7046-454-7
Impresión y encuadernación: Editorial Círculo Rojo

© Del texto: José Manuel Rodríguez Hurtado
© Maquetación y diseño: Equipo de Editorial Círculo Rojo

Editorial Círculo Rojo
www.editorialcirculorojo.com
info@editorialcirculorojo.com

Impreso en España - Printed in Spain

Editorial Círculo Rojo apoya la creación artística y la protección del copyright. Queda totalmente prohibida la reproducción, escaneo o distribución de esta obra por cualquier medio o canal sin permiso expreso tanto de autor como de editor, bajo la sanción establecida por la legislación.
Círculo Rojo no se hace responsable del contenido de la obra y/o de las opiniones que el autor manifieste en ella.

El papel utilizado para imprimir este libro es 100% libre de cloro y, por tanto, **ecológico**.

Replicó la serpiente a la mujer: "No, no moriréis; es que sabe Dios que el día que de él comáis se os abrirán los ojos y seréis como dioses, conocedores del bien y del mal". Vio, pues, la mujer que el árbol era bueno para comer, hermoso a la vista y deseable para alcanzar la sabiduría, y tomó de su fruto y comió, y dio también a su marido, que estaba con ella, el cual comió.

Génesis 3, 4-6

Un edificio gris, achaparrado, de sólo treinta y cuatro plantas. Encima de la entrada principal las palabras: Centro de Incubación y Condicionamiento de la Central de Londres, y, en un escudo, la divisa del Estado Mundial: Comunidad, Identidad, Estabilidad.

Comienzo de la novela
"Un mundo feliz" de Aldous Huxley

AGRADECIMIENTOS Y DEDICATORIA

Sin duda, para poder desarrollar esta novela, el autor ha debido tener el apoyo y la inspiración de varias personas.

Durante algo más de año y medio estuve apoyado por mi paciente esposa Loli, que me permitió dedicarle el tiempo y el esfuerzo necesario que esta obra exigía.

También, mis dos hijas gemelas, Elena e Irene, me animaron a iniciar y continuar este proyecto ya culminado.

Un buen pilar para la construcción de esta obra, ha sido la profesora de escritura de Fuentetaja, Gloria Fernández; así como, los compañeros de ese taller de novela durante el año y medio en el que estuve recibiendo consejos y sugerencias varias, que me ayudaron a perfeccionar mi escritura. En este apartado, no quiero dejar de mencionar a mi gran compañero y amigo, Felipe, con quien después de las clases conversábamos y que infundieron gran ánimo en mi espíritu.

Tampoco quiero dejar de citar en esta dedicatoria, a mi antigua compañera de relatos en otro taller de escritura de Fuentetaja, Ana Moraga, bióloga y profesora universitaria. Su asesoramiento científico ha sido muy importante para el buen término de esta novela. Gracias a ellos y a otras perso-

nas que me han ayudado, en algún aspecto, con sus ánimos y sugerencias en esta dura tarea de escritura, un reto cumplido gracias a todos.

CAPÍTULO UNO

Esa mañana, Héctor se despertó más temprano de lo habitual, todavía no había amanecido, aunque había una ligera claridad. Quedaba una media hora para que sonara su reloj-despertador con música proyectiva acompañada de imágenes de playas y mundos submarinos. Sin embargo, activó con un mando a distancia esas mismas funciones, además de poner en marcha el ajuste automático de todas las líneas domóticas, como temperatura, luces artificiales o seguridad. Su apartamento era algo inteligente, pero alejado de los más desarrollados, a los que no faltaba detalle alguno.

Se incorporó sobre la cama y trató de tranquilizarse. A pesar de que tomaba un compuesto natural que le ayudaba a dormir y a descansar más profundamente, esa noche no había podido evitar tener una pesadilla inquietante. Solía tener algunos sueños recurrentes en los que era víctima de prolongadas y emocionantes persecuciones, sobre todo, por callejuelas de pueblos y, también lugares curiosos, como algún tipo de castillo, palacete o, aun más raros, cambios de vías de tren, estaciones de ferrocarril con decenas de raíles que había que atravesar huyendo a toda prisa. En esta ocasión, el sueño se había desarrollado en un escenario muy parecido a esa última imagen, aunque no le persiguieron figuras humanas, sino extrañamente, una rara

criatura, muy grande, de aspecto gelatinoso y con una gran boca que parecía contener un enorme tubo aspirador.

Después de estar unos minutos reflexionando sobre el insólito sueño, se puso las zapatillas de estar por casa y se acercó al cuarto de baño para ducharse. Antes de quitarse el pijama de camiseta azul celeste y pantalón corto oscuro, se miró en el espejo. No tenía un aspecto muy bueno en su rostro algo enjuto. Se le notaban algo de ojeras y aparecían unas pequeñas bolsas. Quizás era producto de algunas noches de cierto insomnio, dado que le costaba conciliar el sueño. En otras ocasiones trasnochaba en sus correrías por ambientes bulliciosos. «El cuerpo refleja todas las actividades a las que es sometido», pensó juiciosamente. Una vez estuvo desnudo contempló, con un rápido vistazo general en el espejo, toda su figura. Consideraba que no estaba mal físicamente. Era un poco alto y poco delgado, de cuerpo fibroso y con facciones armoniosas en el rostro. Acaba de cumplir cuarenta y tres años y se encontraba en buena forma.

Ya en la ducha, colocó el cabezal de la manguera y lo fijó en un soporte alto para que el agua se deslizara por el cuerpo. Disfrutaba de esos minutos en el que el líquido caliente caía desde su cabeza en pequeñas gotas que resbalaban por toda la piel hasta terminar en los pies. Eran momentos de gozo. Casi siempre solía tararear alguna canción que tenía registrada en los circuitos de su memoria. En bastantes ocasiones eran canciones que había oído hacía poco y, por alguna circunstancia especial, se le quedaban grabadas. Una semana antes había estado en una discoteca súper retro, con música de las últimas décadas del siglo pasado. La verdad es que la canción tenía un estribillo muy pegadizo y la letra evocaba el mundo marino que tanto le atraía; sin embargo, Héctor no solía recordar con exactitud la letra y la acoplaba a lo que creía haber oído.

«Y se marchó
y a su *velero* le llamó Libertad…
Y pintó estelas en el mar…
Nainaná, naina ná…».

Héctor repitió varias veces lo que rememoraba de la estrofa del estribillo, acompañándola con la musiquilla melodiosa de la canción mientras las delicias del agua caliente se prolongaban algunos minutos más.

Cuando salió de la ducha vestido con un llamativo albornoz de color amarillo, llamó a Bautista, su pequeño robot doméstico de aspecto poco humano. Existían ya robots androides, pero muy caros. A Héctor no le gustaba este tipo de modelo, provisto de una avanzada inteligencia artificial, y muy difícil de distinguir, en un primer encuentro, de una auténtica persona. Sospechaba que cualquier día las máquinas se harían con todo el poder y someterían a la humanidad, ya que estas eran cada vez más inteligentes y disponían de más capacidad para tomar decisiones, algo que entrañaba un grave peligro. Aunque a los robots se les implantaban unos programas en sus cerebros artificiales que impedían, teóricamente, que pudieran tratar de rebelarse contra el ser humano, al que debían obediencia total, Héctor no se fiaba completamente y pensaba que un buen día asistiría a una insurrección de las máquinas encabezada por los desarrollados androides.

—Bautista, ve preparando mi desayuno y comienza luego con la limpieza de la casa —le ordenó con firmeza mientras acudía a su habitación a vestirse. Se vistió con la ropa apropiada a su actividad ciclista de primera hora de la mañana, luego en el trabajo ya utilizaría el traje formal, guardado en su taquilla, y adecuado a sus actividades en la empresa.

Antes de salir echó un vistazo a su mesa de escritorio que estaba en aparente desorden, pero Héctor conocía el orden in-

terno de ese supuesto «desorden» y podía encontrar cualquier cosa en el caos presente a primera vista. En la mesa destacaba, en primer lugar, el ordenador ultraligero con estructuras flexibles y extensibles que podía ser agrandado enormemente, al mismo tiempo que tenía una capacidad envolvente sobre la persona que lo manejaba, transportándola al mundo virtual de la súper red de Internet.

De la maraña de papeles, soporte que a Héctor le gustaba conservar a pesar del dominio aplastante de los archivos digitales de aquella época, extrajo un par de documentos que necesitaba llevar al trabajo y los introdujo en su mochila ergonómica adaptada a su espalda. De la repisa de la estantería, enfrente de su mesa escritorio, recogió varios objetos colocados en ella y los introdujo en los bolsillos de sus pantalones cicloturistas. Sobre todo, repasó que llevaba la cartera con su documentación en papel y el mini móvil de propiedades extensibles cuando se iniciaba su uso.

Una vez fuera de su vivienda, desplazó la mirada por el paisaje urbano de calles asfaltadas con alquitrán replasticado de color morado oscuro. Como todos los días se dirigió a la estación de metro aeroespacial con su bicicleta de motor dinámico que se recargaba con el movimiento de sus piernas. Avanzaba con cierta calma, le gustaba ir a su ritmo, tranquilo, pausado. Esto le daba ocasión a que sus pensamientos fluyeran de forma armoniosa, que los recuerdos acudieran a su mente y le llevaran a otros momentos de su vida. Mientras, contemplaba el panorama de árboles y terrenos semiáridos con hierbajos que crecían espontáneos; además de zonas de césped de algunos pequeños parques, muy propios de los barrios del sur de Madrid. En unos diez minutos llegaría a la estación de transporte público.

Era finales de verano, un lunes de mediados de septiembre, y por las mañanas hacía ya un poco de frío, que Héctor evitaba

con su camiseta sintética y unos pantalones ajustados fabricados con polímeros de última generación. Estas prendas mantenían caliente su torso y piernas, además de proyectar energía mecánica a sus músculos.

De pronto, lo vio como a unos quince metros. Estaba quieto y le miró fijamente. Sus ojos eran brillantes y muy rojos, como si estuvieran inyectados en sangre.

Dejó la bicicleta a un lado y se acercó un poco más a él para observarlo mejor. Tenía forma de un pequeño tubo de unos treinta centímetros, pero bastante ancho, recubierto todo de abundantes escamas y púas, como si fuera un reducido puercoespín.

Héctor se quedó paralizado, atónito; mientras, de forma instintiva, estiró los brazos y las manos para cubrir su cuerpo, aunque eso no evitó que varias púas de la extraña criatura salieran proyectadas con gran velocidad e impactaran, una de ellas, en su cuello. Al instante, sintió como una fuerte comezón y unas irresistibles ganas de rascarse en esa zona. El resto del cuerpo fue protegido por las prendas que vestía y sus propiedades contra impactos.

El bicho se ocultó rápidamente por una alcantarilla cercana. Héctor lo siguió con una mirada fija mientras este se movía a gran velocidad. No daba crédito a lo que había sucedido en pocos segundos. Nadie parecía que hubiera sido testigo de aquel suceso tan extraordinario. Se acercó a la zona por donde había huido, tratando de inspeccionar más detenidamente el terreno. Supuso que el extraño ser que acababa de presenciar había surgido por la misma alcantarilla por la que había desaparecido. En un primer examen a primera vista, no descubrió huellas aparentes de su aparición; sin embargo, rastreando con más detenimiento el trayecto que había realizado y agachándose en posición de cuclillas, observó un líquido semitransparente, con

una tonalidad algo marrón que se confundía con el terreno del suelo que estaba pisando. Agradeció a su excelente vista la percepción de este detalle y rápidamente decidió recoger una muestra de ese residuo. Sacó un pañuelo limpio que llevaba en la mochila y recogió una porción de aquellos desechos para depositarlos en una pequeña botella de plástico duro. Esta contenía algo de agua, que vació convenientemente. Quedó satisfecho de esta última acción y pensó que quizás la singular criatura que acababa de contemplar se desplazaba arrastrándose por el suelo como si fuera una oruga gigante necesitada, al deslizarse, de un líquido viscoso.

Después de este incidente, se instaló la preocupación en su pensamiento. Siguió un buen rato rascándose con las uñas la parte afectada por la irritación de la púa. Estaba seguro de que tenía la zona roja y algo abultada. De todas formas, decidió proseguir su camino hasta el metro para acudir al trabajo, como cualquier otro día. Por la tarde o, quizás al día siguiente, se acercaría al médico para que le hiciera una primera exploración aduciendo que había sido picado por algún insecto.

Sin embargo, quería aparentar normalidad, aunque su mente no cejaba en lanzar interrogantes sobre el suceso que acababa de vivir. Recogió la bicicleta que había abandonado a pocos metros y reanudó su camino hacia el transporte público, en donde aparcó la misma, protegiéndola con una barra metálica enganchada a unos soportes automáticos que funcionaban con un código de seguridad.

Esperó en la estación elevada situada en su barrio y vio, a lo lejos, cómo se acercaba el tren monorraíl suspendido en el aire a través de una levitación magnética. Poseía unos imanes permanentes que realizaban un mínimo consumo energético.

Cuando llegó al trabajo por la puerta principal, saludó mecánicamente a todas las personas con las que se cruzó. Algunos

eran compañeros que conocía, pero no deseaba dar explicaciones a nadie, en su interior se encontraba muy afectado por el suceso acaecido. Habló lo justo. Su despacho era individual, aunque tenía cristaleras en la parte superior de las paredes que comunicaban con otros despachos contiguos. Los objetos en la mesa de su oficina estaban, contrariamente a los de la mesa de su habitación, con un orden exterior que le daba un punto de formalidad de cara a la observación por parte de sus jefes.

CAPÍTULO DOS

Habían transcurrido quince días desde el suceso con la sorprendente cosa. En esos momentos, la principal preocupación de Héctor se encontraba alrededor de su salud, no había padecido ningún efecto adverso, ni ningún síntoma aparente que pudiera alarmarle. No obstante, se encontraba en un estado de elevada inquietud.

Por la tarde del día siguiente al incidente tan «especial» acudió a su médico de cabecera. Tal como había planeado, le comentó que un insecto volador, quizás una avispa, le había picado en el cuello aquella misma mañana mientras se desplazaba al metro en bicicleta. El doctor examinó la zona roja irritada y abultada, que había disminuido algo desde que se produjo. Los síntomas le parecieron normales para una picadura de avispa y le recetó una crema antiinflamatoria para extenderla en la parte afectada. A instancia de Héctor también le prescribió un análisis de sangre y de orina, que formaba parte de sus revisiones periódicas de salud preventiva.

Durante ese tiempo no había comentado con nadie el extraño percance, ni en el trabajo, ni con amigos y conocidos, solo con una chica con la que tenía relaciones desde hacía unos meses. Tenía miedo de parecer un loco que tenía alucinaciones. ¿Quién se iba a creer lo que había visto el otro día?

Ella lo miraba con sus ojos grandes y penetrantes, ligeramente tristes y, al poco de escucharle, sonreía y se echaba a reír.

—¿Pero cariño, estás seguro de que viste esa cosa tan rara? —le decía con una suave entonación.

—¡Claro que lo vi!, Paula, no puedo dejar de recordarlo. ¡Menudo bicho asqueroso!

—Vale, mi amor. No te preocupes. Aunque yo iría al médico por si te ha transmitido algo peligroso.

Acto seguido ella le acarició dulcemente la mejilla con su mano derecha, mientras que la otra se deslizó pausadamente desde el pecho hasta zonas más íntimas.

El ambiente se fue tornando más caldeado y apasionado. Al poco tiempo, los suspiros y ronroneos pasaron a gemidos y otras expresiones vehementes.

Héctor trabajaba en un importante laboratorio farmacéutico multinacional. Su trabajo era de tipo administrativo, aunque entendía muchas cuestiones técnicas que aparecían en los informes que llegaban a sus manos. Él tenía que traducirlos, gestionar su archivo y el traslado a la sección de contabilidad. Por eso, Héctor disponía de bastante información comprometedora, tanto de su empresa, como de otras rivales de la suya y, también, de algunos grupos de presión económicos y políticos.

Se acordó, unos pocos días después del extraño percance, mientras leía un informe que acababa de llegar al correo electrónico, que en una ocasión, varios meses atrás, se había acercado a la máquina fotocopiadora. En la bandeja de abajo de ese aparato, encontró una copia abandonada de un documento de dos páginas que, en una primera lectura rápida, ya le pareció muy curioso y relacionado con asuntos que pudieran ser graves, pero lo guardó en su casa, sin darle una excesiva importancia. Ya casi lo había olvidado.

Héctor volvió a leer el documento, tranquila y detenidamente. El texto contenía términos muy técnicos y extraños. En algunos párrafos, parecía escrito con una especie de código secreto. Esta cuestión estimuló aún más su curiosidad y decidió recurrir a su buen amigo Víctor. Era un poco mayor que él, sobre cuarenta y cinco años y ostentaba un cargo de mayor rango en la empresa de Héctor. También trabajaba en el área administrativa y poseía muy buenos contactos entre los altos ejecutivos.

Se conocían desde hacía cuatro años, al poco tiempo de que Héctor entrara en la empresa. Fue un día en el comedor de la compañía, cuando estaban en la misma mesa, enfrente uno del otro a la hora de la comida. Allí comenzaron a trabar una sólida amistad. A Héctor le caía bien el aspecto físico de Víctor, tenía apariencia de buena persona, con unas facciones suaves, cara ovalada, sonrisa fácil y mirada noble. Era robusto, pero sin sobrepeso. La voz estaba muy bien modulada, era grave pero no exagerada.

—Oye, estas lentejas con chorizo no están nada mal. La cocina de la empresa —comentó Héctor— parece buena.

—Tienes razón, les han salido muy ricas.

—Víctor, ¿tú qué puesto ocupas? Me ha parecido verte en el Área de Administración, en el servicio de Recursos Humanos, creo que te encargas de la selección de personal.

—Sí, es cierto, ¿cómo lo sabes?

—Bueno, un día te vi entrar en tu despacho. En el cartel de la puerta pone: «Recursos Humanos. Selección de Personal». Oye, una cosa, ¿has hecho Psicología?

—Sí, estudié Psicología y luego un máster en dirección y gestión de Recursos Humanos. Hace como unos diez años, entré en esta empresa. No me costó mucho conseguir el puesto, ya tenía alguna experiencia en otras empresas, aunque de otros

sectores industriales. Como ves, ya soy algo veterano, aunque todavía me conservo en forma, jejeje.

—Oye, Víctor, ¿practicas algún deporte?

—Sí, me gusta sobre todo el tenis. También practico algo de ciclismo y un poco de footing. Tuve una época de senderismo, que no me importaría retomar.

—Genial, a mí me encanta el tenis. Podríamos quedar alguna tarde-noche. Cerca de la empresa hay un polideportivo municipal con pistas de tenis.

—Estupendo, Héctor. A mí me vienen bien los jueves por la tarde. Mañana reservo para la próxima semana y nos damos un buen tute jugando a «cara de perro», jejeje.

Desde entonces, eran compañeros habituales en las pistas de tenis durante alguna tarde, cada semana; aunque con algunas intermitencias a lo largo de esos años. En ese centro deportivo, además de jugar, hablaban de sus asuntos personales y laborales.

Una tarde de deporte en la pista de tenis, después de transcurridas tres semanas del curioso encuentro con el extraño ente, Héctor se atrevió a llevar a su amigo la copia del documento que había hallado en la fotocopiadora y también le comentó el peculiar suceso que había padecido.

—Esto es muy raro —afirmó Víctor—, aunque utiliza un lenguaje algo críptico, creo que aquí se dicen cosas muy preocupantes. La seguridad de nuestra empresa está en peligro. Parece que hay consignas para acabar con nuestro producto estrella y su última versión: «El Infinitus Plus». Creo que hay alguien dentro de nuestra empresa preparado para un sabotaje en nuestras instalaciones. Tenemos un Caballo de Troya dentro de nuestra organización.

Héctor escuchó atentamente y con gesto serio a su amigo.

—Bueno, ¿y qué te parece lo del bicho? Estoy preocupado por si me ha transmitido alguna enfermedad. Al día siguiente

del incidente, acudí a mi médico de cabecera pues tenía una inflamación en el cuello. Conseguí también que me mandara hacer unos análisis de sangre y de orina, aunque tardé unos quince días en hacérmelos. Ayer recibí el informe y lo tengo aquí impreso. Yo no soy un especialista; pero aunque los resultados parecen normales, dentro de los valores de referencia, hay algunos vinculados al sistema inmunitario que están bastante altos, casi tocando el techo de referencia. Los leucocitos, en general, están altos, pero más en concreto los linfocitos, neutrófilos y monocitos. Me da como la impresión de que mi sistema inmunitario se ha reforzado mucho y en muy poco tiempo.

—¿Tú qué opinas?

—Pues sí, Héctor, parece que la sustancia que te inoculó el extraño bicho ese no solo no es tóxica ni infecciosa, sino que, efectivamente, ha potenciado tu sistema inmunitario. Habría que hacer un análisis serológico detallado para apreciar qué clase de anticuerpos se han desarrollado más y contra qué enfermedad. Tengo un amigo en un laboratorio de análisis clínicos. A ver si nos puede ayudar y un día te pasas por ese sitio para hacértelo.

»Otra cosa —prosiguió Víctor—, voy a intentar averiguar más cosas sobre el documento este que me has enseñado. De forma discreta voy a preguntar a algunos cargos importantes de nuestra empresa que conozco. Con lo que vaya sonsacando a esta gente y el documento que tenemos, puedo acudir a una periodista que trabaja en un importante medio. Un amigo me comentó sobre ella, no hace mucho, y apunté su contacto. Con eso, ya se podría iniciar una interesante labor de investigación periodística.

—Sí, me parece muy bien todo. Qué organizado eres, Víctor. Me encanta. ¡Ostras, me acabo de acordar que el día ese en

que sucedió lo del bicho, recogí unas muestras en el suelo que dejó el pequeño monstruo, era una sustancia como gelatinosa, muy asquerosa, que había soltado al desplazarse por la tierra. Las tengo en casa en una botella de plástico.

—Pero bueno, esto es muy importante. ¿En qué estabas pensando?

—Es que me había olvidado completamente. Lo siento. —Se disculpó Héctor.

—Tienes que llevar esos restos a un laboratorio de muestras biológicas especiales. Mejor aún, tráeme esos residuos el próximo día que nos veamos y me encargo de llevarlo a una empresa colaboradora nuestra que tenemos para estas cuestiones. Lo haré presentándolo como algo proveniente de unos experimentos que nuestros laboratorios han desarrollado, pero sin carácter oficial, a través de mi amigo de la universidad que trabaja allí. Verás que no me faltan amiguetes y conocidos que me pueden hacer favores, jajaja.

—¡Bueno, ahora vamos a jugar el partidito! —exclamó Héctor—. Te voy a dar caña: 6-1, 6-1.

—Qué fantasma eres. El que te va a machacar soy yo, jejeje.

Después de finalizar el disputado partido de tenis, se fueron, cada uno, a sus respectivas viviendas en la población de Madrid.

Al cabo de cinco días, Héctor recibió un comunicado de Víctor en su mensajería instantánea privada: «He conseguido alguna información. Pasado mañana nos vemos en las pistas de tenis y te cuento. Saludos y un abrazo».

Efectivamente, se vieron en la pista de tenis reservada para la fecha acordada. Se saludaron y, mientras comenzaban a preparar el partido, Víctor comentó algunas cosas.

—Oye, Héctor. He realizado algunas indagaciones sobre el asunto del documento que me entregaste, sí, el tema ese del

posible sabotaje al Infinitus Plus. El otro día, hablando animadamente con algunos directivos de algunas cuestiones un tanto intrascendentes, me pareció observar que algunos se quedaron un tanto mosqueados, con expresiones de cierto asombro en sus rostros, cuando realicé algunos comentarios sobre esos asuntos; aunque lo he hecho de forma sutil, indirecta. Estoy seguro de que saben mucho más de lo que dan a entender. Se callan astutamente. De momento, no he obtenido mucha información, solo consideraciones ambiguas, nada concreto. Tenemos que saber más de todo esto, me parece muy grave. Voy a contactar con un amigo informático, a ver si me ayuda a entrar en algunos archivos digitales con acceso restringido. Creo que nos podría dar mucha información.

—Genial, Víctor. A ver si podemos avanzar. La cosa se pone muy interesante.

Oye, mira, he traído la muestra del bicho, lo que te comenté hace unos días. Está en esta botella de plástico. Es lo que tenía a mano en ese momento, puede que esté algo contaminada, pero no podía hacer otra cosa.

—Muy bien, voy a tratar de llevarlo lo antes posible al laboratorio de muestras biológicas que ya te mencioné —Víctor se quedó un instante pensando.

—Oye, otra cosa. He conseguido una cita para que te hagan una prueba serológica. Es dentro de tres días, en la clínica Analin. Te paso la dirección y la hora por mensajería. Tú lo que puedes hacer es tratar de sonsacar algo a la secretaria del Director de Marketing y Ventas. Yo creo que le caes muy bien y puede que esta chica sepa algunas cosas importantes.

Vale, ok. La cosa está que arde. Bueno, hoy me toca a mí empezar a sacar. Prepárate que te voy a meter unos cuantos cañonazos. Efectivamente, el partido estuvo muy reñido con tanteo muy ajustado hasta el final. Esta vez ganó Víctor.

CAPÍTULO TRES

Dos días más tarde, Héctor estaba desayunando en una cafetería de un club de golf, algo próximo a la empresa. El local estaba decorado con un estilo elegante y algo refinado. Curiosamente fue la secretaria del Director de Marketing, Sonia, quien había invitado a Héctor con la excusa de celebrar su cumpleaños, ya cumplido hacía una semana. Este quedó gratamente sorprendido con este agasajo. Se había acercado al despacho donde se encontraba la secretaria, para pedirle, no era la primera vez, algunos regalos protocolarios para una reunión que tenía su jefe con unos directivos de otras empresas del sector. Ella se encargaba de gestionar esos regalos y también de los productos de merchandising. Además, por supuesto, de otras tareas administrativas propias de su cargo.

Sonia era una chica con un indudable atractivo físico, de aspecto juvenil. Su cuerpo estaba dotado de bonitas curvas y su cara redondita solía tener un semblante sonriente. Sus ojos eran claros, de color miel, y su pelo de castaño claro. Siempre que Héctor aparecía en el despacho de Sonia, este percibía en la secretaria como un cierto nerviosismo. La veía algo alterada mientras sonreía con amplitud tratando de ser lo más complaciente posible con él. Héctor no era ajeno a los encantos seduc-